

LA MASCARA Y EL ROSTRO POR MARGARITA DE LA NOTTE



19

BIBLIOTECA PERLA
PUBLICACION QUINCENAL

80
cjs

LA MÁSCARA Y EL ROSTRO

BIBLIOTECA PERLA

LA MÁSCARA Y EL ROSTRO

SUPERPRODUCCIÓN CINEMATográfica
POR

WILLIAM B. MONG
Y MARGARITA DE LA MOTTE

ADAPTACIÓN LITERARIA DE
JOAQUÍN ARQUES



EXCLUSIVA

PRODUCERS DISTRIBUTING CORPORATION

Distribuidores para España

JULIO - CÉSAR, S. A.

BILBAO - BARCELONA - MADRID - VALENCIA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN : PARÍS, 204 - BARCELONA



LA MÁSCARA Y EL ROSTRO

I

Blonburry es un severo barrio del antiguo Londres, de calles borrosas y húmedas que hablan de mil cosas pasadas; y en uno de sus antiguos palacios tiene su residencia Caleb Fry, uno de los financieros más poderosos de la ciudad. Hombre huraño y enigmático, que nadie puede jactarse de conocerle a fondo.

Con él conviven: Valeria, la buena ama de llaves, la cual, a pesar de sus muchos años de servicio en la casa, tampoco conoce bien a su señor; y Tatterly, el viejo ayuda de cámara del millonario, que ha estado siempre con su amo, y a fuerza de servirle y tratarle, la semejanza física natural, entre ambos, se ha acentuado de tal modo que parece propiamente una copia sin brillo de Caleb Fry.

Estos son los tres personajes que habitan el antiguo palacio, lleno de recuerdos de sus antepasados.

* * *

Serían las once de la mañana de uno de esos días empañados por la niebla, tan comunes en la capital de Inglaterra.

El financiero Fry se paseaba impaciente por su despacho cuando se levantó un pesado tapiz, apareciendo una cabeza de cabellos grises tan parecida a la del ricacho, que era preciso fijarse muy bien para no confundirlos. Unicamente se notaba una marcada diferencia en el gesto de aquel hombre, cuya mansedumbre lo colocaba a bastante distancia del otro.

Las líneas de ambos rostros eran las mismas... casi las mismas; pero el espíritu que animaba sus músculos eran bien distintos.

Fry, altanero... hasta soberbio, debido al alto puesto que había sabido conquistarse midiendo su ingenio financiero con los primeros hombres del mundo.

Para él no existía más que una cosa:

Negocio!

Fuera de las luchas que para conseguirlo era forzoso afrontar, no tenía preocupación alguna.

Tatterfly era todo lo contrario.

Nació en la casa. Sus padres habían sido también criados; de aquí su aspecto respetuoso si no de esclavo, de algo muy parecido.

Quería entrañablemente a su señor; y este cariño lo prodigaba también entre la poca familia del opulento hombre de negocios.

Este, que como ya hemos dicho se paseaba impaciente en su despacho, notó en seguida la presencia del criado.

— ¿Aún no? — le preguntó secamente.

— No señor... pero...

— ¡Basta! Cuando llegue ese muchacho hazle pasar.

— Así lo haré, señor.

— No olvides que no tengo más que un cuarto de hora disponible; si se presenta un minuto después, que se largue con viento fresco.

— ¡Señor... vuestro sobrino os quiere!

— ¡Basta!

— ¡Señor!...

— ¡Y dale! ¿Te irás de una vez?

— Es que acabo de oír ruido en la antesala... sin duda es él... ¡Gracias a Dios!

En efecto: momentos después penetraba en el despacho Daniel Fry, sobrino del millonario.

Era un joven de aspecto simpático y vestido con cierta modestia.

El constante afán de este muchacho era llegar a ganar un nombre como su tío, pero no en los negocios bancarios, sino en el arte. Adoraba la pintura.

El fiero financiero se le quedó mirando un buen rato, hasta que al fin del minucioso examen exclamó:

— Me parece que no te he visto más que tres veces en tu vida.

— Puede ser, querido tío. Sus negocios y los míos nos tienen alejados, quizá sin que ni uno ni otro lo pretendamos.

— No es eso.

— Por mí, puedo asegurarle que no hay otro motivo... y cuando me necesite...

— ¿Yo a ti? ¿Pero te has vuelto loco?

— ¡Tío!...

— Vamos a otro asunto. Supongo que recordarás, al menos, qué día es hoy.

— ¡No sé... no sé!

— ¿No recuerdas que hoy hace doce años que murió tu madre? ¿Lo habías olvidado?

— El recuerdo de mi madre lo tengo siempre ante mí; y no pasa día sin que la tenga presente.

— ¡Palabras y nada más que palabras!

— Las fechas las olvido sin querer, querido tío.

— Sí; tú lo olvidas todo menos tu ridícula manía artística.

— Es mi esperanza llegar a tener un nombre en el arte.

— Pues bien: te he llamado en este señalado día para decirte que no obtendrás de mí ni un centavo hasta que tires los pinceles a la calle desde la inmundicia



Desearía servir de modelo al maestro — dijo Ido

buhardilla en que vives, poniéndome en ridículo. Ya lo sabes. ¿Qué me dices a eso?

Pues le digo, sencillamente, que yo no le pido nada. Es más: cuento con mi solo esfuerzo para poder seguir adelante; y esto, querido tío, no lo tome usted a un ridículo desplante de orgullo. Es mi manera de ser y nada más.

— Todo eso que estás ensartando no son más que palabras que no obedecen a una madura reflexión. En fin, te doy tiempo hasta mañana para que lo pienses con más cordura.

Cuando el pintor salió del despacho se encontró al criado contemplando el retrato de su madre.

El pobre viejo tenía los ojos llenos de lágrimas.

— Adiós, mi buen Tatterly — dijo Daniel dándole una cariñosa palmada en la espalda. — Mi tío es y será siempre el mismo... no hay nada que hacer aquí.

Y salió de la casa al mismo tiempo que sonaba el timbre del estudio del señor Fry.

El criado se enjugó los ojos y penetró de nuevo en el despacho.

— ¿Sabes algo de la vida privada de Daniel? — le preguntó el banquero.

— El pobre trabaja... no está más que por el estudio.

— Lo que quiere decir claramente que pierde el tiempo, que lo malgasta a manos llenas. ¡Qué desgracia!

— Daniel delira por el arte... lo lleva en su sangre, señor.

— ¡Qué diablo de sangre! Hoy me he fijado más. ¿Verdad que es el vivo retrato de su madre?

— Sí, es muy parecido... sólo por eso me siento atraído hacia él.

— ¡Basta! No quiero hablar más de este asunto. Hoy no me encuentro bien, Tatterly.

— ¿Desea el señor que llame al médico?

— No, hombre, no.

Aquí apareció el ama de llaves con el desayuno para el señor.

— Valeria, el señor no se encuentra bien — se apresuró a decir Tatterly.

— En efecto, no tengo ni pizca de apetito... llévate todo...

— Pero señor...

— Ya lo he dicho una vez... no quiero nada... no me encuentro bien.

Los compañeros de Daniel Fry trabajaban aquella mañana en la Academia de Bellas Artes, con la alegría y esa tranquilidad especial de la gente bohemia por naturaleza.

Entre aquella bandada de futuros artistas destacaban dos figuras poderosamente.



Este no es el maestro, señorita

Una, Julio Bardino, el dibujante mejor de la clase y el más desaprensivo en asuntos sociales.

Otro, el más fiero de todos, Grandazo como un oso... y más bueno que el pan. Se llamaba Barco.

El profesor Pietro acababa de salir del estudio cuando se presentó Daniel.

— Tarde y mojado — le dijo Barco viéndolo con cara de pocos amigos.

— ¡Me ocurren cosas tremendas!

— Si son asuntos de faldas, déjame a mí y verás que pronto te los soluciono.

— Son cosas de familia.

— ¡Demonio!... ¿Y por eso pones esa cara?

— Vengo de casa de mi tío.

— ¿Y bien?...

— Quiere que tire los pinceles... y que deje la pintura para siempre.

— Sí que es despota tu tío.

— Vha terminado por darme algunas horas de plazo.

— ¿Para qué?

— Para que me decida por el arte o por el dinero. ¿Qué harías tú en mi caso?

— Eso no lo pregunta el que tiene una cabeza sobre los hombros.

— Pero, en fin, ¿qué harías?

— Dejar esta perra vida de estudio y trabajo y tomar el dinero.

— Eres un burro completo. Pero vamos a ver. ¿Para qué trabajamos aquí desde el maestro hasta el último discípulo, que soy yo?

— Para llegar a tener un nombre.

— Ese yo lo tengo. Aquí trabajamos para ver de labrarnos una fortuna... Si te la encuentras hecha, ¿para qué te quieres molestar?

— ¿Y eres tú el que blasonas de artista?

— De lo que yo blasono es de tener más talento que tú.

— ¡Ea! ¡Largo de aquí! — gritó Daniel dándole un empujón con toda su fuerza. — ¡Tienes una cabeza como la del busto de la fábula.

— ¡Daniel... me has pegado... me has insultado... y esto no se arregla más que con un desafío.

— ¡Un desafío... un desafío — gritaron todos!

— ¡Armas! — rugió riendo a la vez el enorme Barco.

Claro está que entre aquellos muchachos no podía pasar el asunto a mayores. Tenía que terminar como terminó, batiéndose Barco y Daniel, con las largas brochas impregnadas con pintura roja.

Daniel, más diestro y más ágil que su *enemigo*, lo puso hecho una lástima a fuerza de estocadas, o sea de manchurroneos de pintura, hasta que el grandazo arremetió con furia embadurnando de pintura la cara del maestro en el instante en que volvía al estudio para dar la hora de salida.

El escándalo fué monumental, teniendo después todos que lavar las heridas de los luchadores, los cuales se tuvieron que cambiar hasta las camisas.





II

Pocos quedaban ya en la academia, cuando se presentó una bella joven.

Ida Torrent, pensionada de gran talento, pero sin los suficientes recursos para poder ampliar debidamente sus estudios.

Julio Bardino y dos compañeros salieron a recibirla.

— He sabido — dijo no sin demostrar cierto rubor — que algunas señoritas se pagan los estudios sirviendo de modelo al maestro.

— Es cierto, señorita; y usted, por lo que adivino, debe tener preciosas condiciones para ser la reina de un taller.

— ¿Podría usted presentarme al maestro?

— El maestro soy yo, señorita.

— No le creí tan joven.

— Nací artista y eso es todo. Los grandes hombres nacen, no se hacen.



Señor, proteja usted a Daniel... Cumpla su palabra

Los que acompañaban a aquel desaprensivo fueron a soltar el trapo a raír; pero Julio les empujó hacia la puerta de la sala quedándose solo con la joven.

— Entonces — manifestó ésta — si usted es el maestro, puede decirme lo que tengo que hacer y a las horas que he de venir.

— Antes, señorita, es preciso que yo vea sus formas. A veces engañan las apariencias. Desmédese usted.

— ¿Que me desnude?

— Naturalmente.

— Yo creí que me podrían admitir, pero sin hacer el desnudo.

Es mi especialidad, señorita... aquí no se hace otra cosa.

La pobre muchacha dudó un momento, pero venciendo la necesidad al pudor se retiró detrás de un biombo, no tardando en aparecer bastante ligera de ropa.

— El desnudo, señorita, el desnudo — dijo aquel hombre implacable.

— ¡Oh, exige usted demasiado!

Julio se le fué acercando hasta poner sus manos sobre los desnudos hombros de Ida.

Esta lanzó un grito y fué a esconderse, pero el pintor cayó despiadadamente sobre ella tratando de besarla como un loco.

Y gracias a que a los gritos de la infeliz joven acudió Daniel y éste puso a raya al enamorado Julio.

— ¡Señorita! — dijo apresuradamente cubriendo el busto desnudo con lo primero que encontró a mano. — Este no es más que un discípulo, que ha pretendido burlarse de usted... Le aconsejo que se marche de aquí cuanto antes y que no vuelva a presentarse.

Y afeando la conducta de su compañero, dijo a la joven que se vistiera, acompañándola después hasta la puerta del estudio.

* * *

A todo esto, el acaudalado banquero Fry, el hombre de los grandes negocios, el alma fría para todo lo que no fueran especulaciones, se hallaba en la penumbra de su solitaria estancia pensando seriamente en el pasado.

Este hombre, hoy sin afectos, había amado a la madre de Daniel a su manera; y ella había dejado en la árida vida de Caleb el más dulce y a la vez el más triste de los recuerdos.

Sus fantasías se acentuaban cada vez más, hasta llegar a ver a la que amó, sin que ella le correspondiera debido a la dureza de su carácter.

Claro que Caleb creía entonces que aquella mujer no le amaba porque no era rico y él se esforzaba por hacerle comprender con firmes juramentos que llegaría a ser millonario.

— No es la riqueza ni el poder lo que hace feliz a un hombre — le decía la dama.

— Pues sin dinero no hay felicidad posible — añadía él.

De aquí que ambos se fueran distanciando poco a poco, hasta que ella se casó con el hermano de Caleb, a quien éste despreciaba porque era un artista... un hombre que no servía para nada.

Pasaron años y el hombre de negocios, enriquecido ya, recibió una carta que decía así:

« Mi querido Caleb :

Mi marido, como sabes, murió dejándome sola y desamparada con mi pequeño Daniel. Estoy muy enferma. ¿No querrás venir a verme por la memoria de tu hermano y en recuerdo del pasado?

MARY. »

Esta carta dió origen a que el banquero enviara fondos a la viuda.

Pasados unos días y en vista de otra apremiante carta, se presentó en su casa.

La pobre señora estaba moribunda.

Caleb se acercó a la cama y sus primeras frases fueron, como siempre, al terreno práctico y positivo.

— Supongo que te entregarían el dinero que te mandé.

— Sí. Es todo lo que posco... pero ya no me hace falta. Prométeme dárselo a Daniel cuando sea mayor y protegerle mientras viva.

A este punto llegaban los recuerdos del viejo banquero, cuando un ruido extraño le volvió a la realidad actual.

¿Hacía bien en contrariar la vocación del sobrino cuya protección prometió a una moribunda?

Según él, obraba perfectamente, porque deseaba apartarlo de un mal camino conduciéndole por el bueno.

El viejo hizo un esfuerzo para lanzar lejos aquellos pensamientos y se dispuso a salir del despacho.



Daniel aprovechó la confusión para salir de la sala del banquero.

* * *

En las azoteas de una vieja casa del barrio más pobre de Londres se hallaba Ida Torrent recogiendo algunas prendas de ropa que había tendido al sol para que se secaran.

Daniel, que por cierto tenía el estudio en la habitación más alta, reconoció a la joven y se apresuró a salir al terrado.

— ¿Se acuerda usted de mí, señorita? — le preguntó sonriendo.

La muchacha se puso encendida como una amapola y con la cabeza hizo un movimiento afirmativo.

— Perdóneme usted que ayer fuese tan poco atento y tan rudo a la vez... pero no sabía que fuéramos vecinos. ¿Puedo serle útil en algo?

— Soy apasionada por la pintura y sería feliz si pudiese tomar algunas lecciones.

— Eso es muy fácil, señorita.

— No tanto, no tanto... me falta dinero para pagar al maestro.

— Si sus estudios no han llegado a mucha altura, yo me comprometo a guiarla por el mismo sendero que yo sigo.

— ¡Cuánto se lo agradecería! ¡Oh, usted es ya un maestro!

— ¿Y cómo lo sabe usted?

— He visto desde la parte de afuera de la ventana de su estudio algunos lienzos magníficos.

— Gracias, señorita. ¿Quiere usted verlos de cerca?

— Si me espera un momento le haré una visita.

— Pues voy a preparar los salones.

Y Daniel entró en el estudio empezando por colocar sus lienzos sobre varios caballetes.

Ida no tardó en presentarse, admirando las obras que el pintor había dispuesto como si se tratara de una exposición.

— Esto ya está visto — manifestó Daniel; — pero como a mí me hace falta verla un rato más, la invito a tomar el té... es la hora crítica.

— No sé si es correcto.

— ¿Correcto? Pues no faltaba más! ¿No somos vecinos? ¿No somos artistas? Eso ya es más que suficiente para que simpaticemos como buenos camaradas.

No pudo protestar la pensionada y acabó por ayudar a Fry a sacar de una especie de cantarano la modesta vajilla y demás cacharros para confeccionar el té.

Ya estaban dispuestos a saborear el delicado cocimiento, cuando abriéndose de golpe la puerta del estudio, hizo su entrada el tío millonario.

— Entre mujeres y holganza — murmuró contrariado. — Verdaderamente es un digno hijo de mi hermano.



Ida y Daniel se amaban apasionadamente

Dicho esto para sí, volvió instintivamente pasos atrás.

— ¿Pero qué es esto? — dijo Daniel levantándose. — ¿Ya se marcha usted?

— Es verdad... no sé... en fin, yo he venido para algo.

— Pues por la misma razón.

Ida se dispuso a salir temiendo ser indiscreta; pero el banquero la detuvo con un gesto:

— No se vaya usted — continuó. — Mi visita será breve.

— Pero aunque así sea, creo querido tío que puede usted tomar asiento.

— No perdamos tiempo. ¿Has reflexionado sobre lo que te dije?

— Sí, señor.

— ¿Y qué has decidido?

— ¿Pero qué quiere usted que decida, tío? Va a saber que mi vocación es el arte y que no tengo ninguna disposición para los negocios.

— Eso quiere decir que no estás dispuesto a trabajar; que prefieres seguir envilecido en este chamizo donde me pones en ridículo con tu asquerosa bohemia...

Tío, no permito a nadie, ni a usted mismo, que me trate de esta manera.

— Eres un insolente.

— Tío...

— V un... loco... por no decirte algo más desagradable.

— No merezco estas reconvenciones.

— Está bien; pero ten entendido que te desheredaré.

— Nunca he pensado en su fortuna, sino en mi trabajo... en mis propios merecimientos.

— Basta, descastado!

La escena habría pasado a mayores, de no haber llegado en aquel momento otro sobrino del millonario llamado Héctor Kindovo.

Este era el reverso de Daniel.



A la mesa, Tatletty. Aquí no hay criados, sino amigos

De carácter frío y servil, se dedicaba a adular al tío buscando su fortuna como el mejor medio de vida para el porvenir.

El viejo, sin hacer caso de la presencia del recién llegado, continuó remachando el clavo.

Esta noche rectificaré mi testamento. ¿Lo has oído bien?

Perfectamente.

V tú ¿qué buscas aquí? — añadió dirigiéndose a Héctor.

— Querido tío, he ido a su casa para preguntar por su salud y Tatterly me ha dicho que estaba usted aquí.

— Pues no te puedes figurar lo oportunamente que llegas.

— Lo celebro en el alma.

— Este majadero se ha atrevido a insultarme... pero lo va a pagar bien caro.

— ¡Daniel! ¡Pero hombre! ¿Cómo has hecho eso con un tío tan bueno que no desca otra cosa que protegernos?

— Yo no he hecho más que defenderme de sus injustificados ataques.

— Pero ¿qué será de ti sin su apoyo?

— No lo sé; pero te aseguro que no haré baja alguna por el dinero.

— ¿Y usted qué opina, señorita? — preguntó Héctor devorando a Ida con la vista.

— Esta señorita — interrumpió Daniel — no tiene que opinar nada en este asunto.

— Pero seguramente no comparte tus opiniones respecto al dinero.

— ¡Eal! ¡Basta! Hagan ustedes el favor de no molestarme más y de retirarse.

— ¿Nos echas?

Daniel volvió la espalda sin contestar.

— Salgamos de aquí, querido tío — se apresuró a decir Héctor tomando del brazo al millonario, el cual se dejó conducir hasta la escalera.

— ¡Daniel! — suspiró Ida — creo que mi presencia aquí ha contribuido al disgusto de su señor tío.

— No se preocupe usted, señorita. Esto tenía que ocurrir un día u otro.

* * *

Héctor, viendo la ocasión propicia, no abandonó a su tío en la calle, sino que se empeñó en acompañarle a su casa empleando todo género de zalamerías.

— Yo no soy como Daniel — dijo cuando estuvieron en el despacho del acandalado financiero.

— Sí, ya sé que no eres de la misma clase.

— ¡Quia, no señor! Para mí no hay más vida que la del negocio.

— Claro; y por eso has pensado hacerlo conmigo.

— ¡Pero querido tío... por Dios!

— Mira, Héctor: yo creo que tú eres como mis demás parientes, que esperan con impaciencia la ocasión de echar mano a mi fortuna.

— Tiene usted mucho talento, tío; pero puedo asegurarle que por esta vez se equivoca respecto a mis intenciones.

— Celebraré que sea así.

— Y lo es.

— Vamos a ver. ¿Qué harías tú con mi capital si llegara a caer en tus manos?

— ¿Qué haría yo con su capital, tío? Pues procuraría aumentarlo como buen hombre de negocios.

— ¿Sabrías?

— Tanto como usted... porque me paso la vida estudiándole.

— Es que para hacer lo que he hecho y lo que hago, es necesario nacer con aptitudes para ello... aptitudes que no se aprenden con el estudio.

Al llegar aquí el diálogo, entró Valeria con la cena para el señor.

Bueno — siguió diciendo el viejo, — Me traen la cena y yo acostumbro a cenar solo... esto no es echarte.

— Pero yo me marcho, querido tío, deseándole una noche tranquila.

— Lo dudo, porque estoy muy preocupado.

— Si usted me lo permite espero tener el gusto de poderle ver pronto.

— No me parece probable.

Otro en el caso de Héctor se hubiera sentido molesto con el desapego que le mostraba su tío; pero él no; siguió con su sistema de aguantar con paciencia, para recoger después el fruto de su trabajo.

* * *

Aún sostuvo una buena lucha con su conciencia el famoso financiero; pero aquella misma noche hizo su nuevo testamento.

— Tatterly, Tatterly! — llamó después.

El criado se presentó y su mirada penetrante se fijó en el pliego que había sobre la mesa.

Es mi testamento — dijo Caleb.

Ya lo tenía usted hecho, si no recuerdo mal.

— Lo he modificado... éste es el que vale.

Pero su sobrino Daniel...

— Ya lo dejo con lo que él quiere.

— ¿De veras?

— Sí. Puede seguir con sus pinturas y sus pinceles... pero de mí no recibirá ni un solo centavo.

— ¡Señor!

— ¿Tienes algo que oponer a mi voluntad?

— Permítame que por primera vez le hable así después de muchos años. Recuerde usted que nos educamos juntos en la misma escuela y que después yo amé en silencio a la madre de Daniel...

— ¿Y a qué vienen ahora esos recuerdos?

— Ella murió y le dejó confiado a Daniel, a su único hijo.

— ¿Y bien?

— Usted prometió protegerle y ahora lo deja desamparado. ¡Oh, Caleb, no haga usted eso!... ¡Caleb, cumpla usted su palabra!

— Cumpro con arreglo a mi conciencia.

— ¡Pobre Daniel... qué va a ser de él cuando más necesita su apoyo!

Y el viejo criado se dejó caer junto al escritorio, mientras el banquero salía del despacho para dirigirse a sus habitaciones.



III

A la mañana siguiente al volver al estudio para emprender las cotidianas faenas, se encontró Caleb a su fiel criado como si estuviera dormido.

— ¡Tatterly, Tatterly! — gritó sacudiéndole dulcemente.

El viejo no contestó.

— ¡Ha muerto! — suspiró el banquero, convencido de la horrible realidad.

El criado conservaba aún las mejillas húmedas por el llanto.

— ¡Ha muerto llorando! — murmuró.

Y ante aquella inesperada muerte, sufrió el hombre frío una verdadera transformación.

— Es inexplicable — siguió pensando. — Yo tan inalterable siempre, no puedo contener las lágrimas. Si hubiese muerto yo en vez de este pobre y fiel amigo, ¿quién me hubiera llorado? ¿Qué diría el

mundo? ¿Qué pensarían mis parientes si fuera yo el muerto?

Y bruscamente le asaltó la extraña tentación de cambiar de personalidad, de ocupar el lugar de Tatterly en el mundo de los vivos enterrando a Caleb Fry, y de ese modo poder observar la conducta de sus parientes y amigos.

La tentación fué puesta en práctica en el acto, procediendo a cambiar la indumentaria; y la macabra transformación fué hecha.

Muy fuerte se consideraba Caleb para todos sus asuntos; pero en éste notó que sus fuerzas flaqueaban en los primeros momentos de la difícil prueba.

Por eso, decidido a no volverse atrás, se apresuró a salir del despacho llamando a grandes voces a Valeria.

La buena señora acudió presurosa, y cuando se dió cuenta del triste fin de aquel hombre, exclamó convencida:

— ¡Dios mío... Tatterly... el señor está muerto; llamemos a un médico!

La pobre Valeria no había sospechado nada. Así el banquero después de telefonar al médico de la casa, como en su lugar lo habría hecho el criado, se dijo para sí:

— Ahora voy a saber realmente lo que el mundo piensa de mí.

Los funerales por Caleb Fry se verificaron con la pompa propia de su rango.

Después fueron convocados por el notario todos los interesados para dar lectura al testamento.

Entre los familiares se encontraba el supuesto Tatterly, el cual como criado antiguo y de la incondicional confianza del finado, tenía también allí su puesto señalado.

Poco a poco fueron acudiendo los interesados, entre ellos Daniel el pintor, Héctor y una hermana de Caleb.

Esa era la que demostraba más sentimiento, sin duda para representar mejor su papel.

— ¡Pobre hermano mío! — le decía a Héctor. — Si me viera desde el cielo, donde con seguridad se encuentra, comprendería lo mucho que le amaba.

— ¿De veras le quería usted?

— Era mi hermano.

— Entonces tendrá usted algunas esperanzas.

— ¡Esperanzas? De qué? La única que tengo es de juntarme con él en la otra vida.

— Vamos, no sea usted hipócrita. Yo soy más sincero y no oculto mi satisfacción. Seguramente usted está tan esperanzada como yo.

— Héctor tiene razón — intervino otro pariente



Daniel se había roto un brazo.

leiano. — Ese es el pensamiento de todos los que estamos aquí.

— ¡Oh, si mi pobre hermano pudiese oír todo esto! — suspiró la señora dirigiéndose al que creía el criado Tatterly.

Este se encontraba en un estado de ánimo tan especial, que a veces se tenía que apoyar en un mueble para no caer al suelo desvanecido. La tremenda situación para Caleb la cortó de repente la presencia del notario.

Un silencio absoluto reinó en la sala, mientras el letrado desenvolvía un legajo.

— Señoras y señores — dijo al fin en tono solemne. — Voy a ser muy breve. El difunto señor Caleb Fry ha dejado toda su fortuna a su sobrino Héctor Kindovo.

— ¡Oh, el ingrato! — gritó la hermana sin poderse contener. — ¡Se ha olvidado de mí el viejo miserable!

Al mismo tiempo que la señora aparecía ante todos sin la máscara de la hipocresía, el sobrino favorecido se levantaba de su asiento y abrazaba alegremente a los que tenía más cerca.

Daniel, que hasta entonces había permanecido impasible, se acercó a Tatterly.

— ¿Y a usted, su fiel criado, no le ha dejado nada? — le preguntó.

— Nada absolutamente, ya lo ha oído usted. Sólo tendré de él su recuerdo.

— Pues créame usted, que es lo único que censuro en la última voluntad de mi señor tío.

Entonces el falso Tatterly pensó que efectivamente había sido una negra crueldad no haberse acordado de ayudar con algo a la vejez del adicto servidor. Después siguieron los comentarios de los no favorecidos por el testamento.

— Es lástima que el viejo avaro no pueda oír lo que pensamos de él — decía uno.

— Verdaderamente es lamentable que el gran financiero Caleb Fry no haya dejado asegurado a su fiel criado — añadía otro.

Y todo se lo decían al verdadero interesado, el cual escuchaba las protestas con la cabeza inclinada, costumbre adquirida por el verdadero Tatterly.

— No se apure, buen hombre — le dijo otro de los allí reunidos — Quizá supondría el millonario que continuaría usted al servicio del heredero.

— Sí... ese debió ser el pensamiento del señor.

Y acercándose respetuosamente a Héctor, exclamó en tono suplicante:

— Pero, señor, que me conservará usted a su servicio. Carezco de recursos porque su tío sólo me daba lo indispensable...

— Sí, ya me lo figuro... él era así por naturaleza.

— Yo jamás le hice la más pequeña petición.

— Tanto peor para usted, que viendo su ruin comportamiento se empeñó en seguir en compañía de aquel viejo tacaño.



Supongo que no tendrán hoy mucho dinero...

— Pero puedo saber mi situación en la casa?

— Puede usted continuar aquí, pero no venga a molestarme mientras me ocupo en examinar cómo ha quedado mi herencia.





IV

El aspecto severo que tanto carácter diera a la mansión del difunto Caleb, había desaparecido por completo dada la frivolidad de su heredero Héctor. Sólo quedaba un vago recuerdo de lo que fue, cuando se veía cruzar por los salones lo único que aún vivía del pasado.

El criado Tatterly con su cabeza inclinada y su aire respetuoso con todo lo que le rodeaba.

Nosotros, sabedores del tremendo secreto, somos los únicos que podemos comprender la inverosímil fuerza de voluntad de aquel hombre.

No se descomponía ni un músculo de su rostro, aun cuando viera el desorden y desbarajuste que reinaba allí. Las órdenes del nuevo amo eran cumplidas fielmente.

El falso Tatterly pagaba cuentas exorbitantes y hacía encargos costosos para renovar el mobiliario.

Caro pagaba el original capricho de poder apreciar lo que pasaba después de su muerte.

El heredero tuvo la atención de llamar un día a Tatterly, mientras le servían el desayuno.

— ¿No te parece, buen viejo, que ya es hora de que termine el duelo? — le preguntó familiarmente.

— Hace quince días que enterramos al señor.

— ¿Quince días!... Un siglo, pudiéramos decir.

— Sí... efectivamente... un siglo.

— Pues bien. He dispuesto que cese ya esta ridícula fórmula, que tanto me carga. Mi tío ya está en el mejor de los mundos. ¿Verdad?

— Debe ser verdad.

— Y yo estoy en el peor, por eso termino de una plumada. Mañana doy mi primera fiesta en la casa.

— ¿Mañana?

— Sí. ¿Por qué te extraña?

— No me extraña, señor; pregunto nada más. Mi deber, mi obligación, es obedecer.

— Y no preguntar.

— Justo.

— Pues ya lo sabes. Vendrán amigos y amigos, todos alegres y dispuestos a quitar las telarañas de tristeza que tanto abundan aquí.

— Bien, señor.

— No te digo más; procura que nada falte en el servicio. Tú eres el encargado hasta del menú... pero lo que más te recomiendo es que no escaseen los buenos vinos.

— Nada escaseará.

Y como las órdenes de Héctor se cumplían con rigurosa exactitud, al día siguiente tuvo lugar el primer despilfarro del rico heredero.

Este, a quien la belleza de Ida había causado una fuerte impresión, procuró que Daniel la trajese al festín para deslumbrarla con sus riquezas.

La joven acudió sin recelo alguno, porque la acompañaba el que ya era dueño de su corazón.

Se desbordaba la alegría entre los comensales, cuando el anfitrión levantó su copa exclamando:

— ¡Brindo por la mujer que merece ser soberana del Reino del Arte!

— ¡Su nombre, su nombre! — gritaron todos palmeando estrepitosamente.

— ¡Ida Torrent!

— ¡Bravo, bravo!

— ¡Que brinde Daniel!

— ¡Que brinde Ida!

Aquí dejó Héctor su asiento y fué a servir a la joven agasajada una copa de champaña.

— Más enloquecen sus ojos que todo el vino de mis bodegas — dijo tratando de ser galante; pero los vapores del licor le hicieron cometer una imprudencia que no dejó de molestar a su primo Daniel.

Sin embargo, cada vez con mayor desequilibrio, siguió dando rienda suelta a su carácter poco correcto.

— ¿Qué te pareció, Tatterly? — le preguntó al

viejo criado. — ¿Podría tu antiguo amo haber dejado sus cuartos a otro que los supiera gastar mejor que yo?

— ¡Señor... ya habéis bebido bastante!

— ¿Qué sabes tú de eso, viejo tonto?

Y alzando de nuevo la copa gritó sin freno.

— Y brindo por mi difunto tío, que sólo hizo en su vida una cosa buena: su testamento.

— ¡Basta, Héctor! — gritó a su vez Daniel. — Eso es ya demasiado.

— ¿Demasiado? Tú no te acuerdas de él porque no te ha dejado nada...

— ¡Tatterly... Tat... Tat... más vino, más vino!

El criado en vez de servir a aquel degenerado, le hubiera estrellado una botella en la cabeza... pero no queriendo venderse, hizo lo que se le ordenaba con tal nerviosidad, que vertió sobre el heredero casi todo el contenido de la botella.

— ¡Pero qué haces, animal? — gritó fuera de sí.

— ¡Señor!

— ¡Ea! Ya he sido demasiado condescendiente contigo... no quiero que me vuelvas a poner otra vez en ridículo. ¿Sabes lo que quiere decir esto?

— ¡Señor!

— Que te largues de aquí ahora mismo y que no vuelvas a pisar esta casa en tu vida... ¡viejo idiota!

— ¡Pero Héctor! — intervino Daniel.

— Mira... si no se marcha, le rompo la cabeza de un trastazo.

Y tambaleándose por efecto de la borrachera, fué a lanzarse sobre el criado, temiendo que evitar el golpe los invitados que estaban más cerca.

— Vámonos de aquí, Daniel — dijo Ida, comprendiendo que aquello tomaba un aspecto indigno.

Daniel que ya estaba deseando salir de allí, aprovechó la ocasión en que Héctor discutía con varios artistas de la Academia y salió del comedor arrepentido de haber aceptado la invitación de su primo.

El festín terminó sin que el viejo criado presenciara cómo la mayor parte de los invitados arrastraban con lo que había quedado en la mesa.

Digno final de la primera calaverada del afortunado heredero.

Pasó algún tiempo.

Daniel continuaba con su afición por el arte, y en la actualidad trabajaba con el precioso concurso de Ida en una obra en la que había puesto todas sus esperanzas.

— Basta por hoy — le dijo el artista a su modelo.

— ¿Ya estás cansado?

— Lo hago por ti. Dos horas de pose me parece que es bastante.

— Sí... ya es algo.

— Y aquí tienes seis chelines.

— Pero Daniel...

— Vamos, no seas tonta. A ti te hacen mucha falta.

— Mucha.

— ¿Lo ves?

— Pero ¿a qué no sabes para qué quiero yo el dinero?

— Me lo figura.

— ¿Quita! Lo quiero para guardarlo.

— ¡Hola! ¿Ya empiezas a hacer ahorros?

— Sí, para cuando nos casemos. Después ya tendremos una caja común.

— ¿Y cuándo podrá ser eso?...

— ¡Toma! Cuando tú quieras.

— Ya sabes que yo no tengo otra ilusión; pero es necesario esperar. ¡Somos todavía tan pobres!

— Pronto dejaremos de serlo.

— No me gusta que vivas de ilusiones.

— No lo son, querido Daniel, no lo son. Tú vales mucho, mucho más de lo que tú te figuras.

— Tu cariño te hace hablar así.

— Te repito que no me forjo ilusiones. Días pasados hablaban aquí dos amigos y compañeros tuyos y aseguraban que cuando te presentes en una exposición tendrás en seguida honra y dinero.

— Pues que Dios les oiga es lo que hace falta.

— Y que tú acabes el cuadro, también.

— Bueno, se acabará pronto trabajando como lo hacemos los dos; y como ya hemos trabajado hoy

bastante, más de lo regular, vé a vestirse y tomaremos el té, que bien lo necesitamos.

— ¿Tenemos algún invitado?

— No espero a nadie.

— Pues hasta dentro de unos minutos.

Y la joven desapareció al mismo tiempo que Caleb subía la escalera que conducía al estudio.

El ex banquero tenía muchos deseos de arrojar su máscara, cansado ya de representar el difícil papel que él mismo se había asignado; pero antes quería conocer a fondo a su sobrino Daniel.

Ya en la puerta del estudio se detuvo un instante indeciso; pero al fin se decidió y llamó.

Daniel le recibió sin que en su rostro se reflejara la menor muestra de contrariedad.

— ¿Qué le trae por aquí a mi viejo amigo? — preguntó sonriente.

— Vengo a molestarle... al menos así me lo parece.

— Usted nunca me molesta.

— Pues verá. El señor Kindovo me ha despedido.

— ¿Por aquello de la cena?

— Sí, señor.

— ¡Bah! Estaba borracho... no le haga caso.

— Después se serenó y volvió a repetir la orden.

— ¿Qué mal obra con usted mi señor primo!

— Me encuentro sin colocación, y vengo a ver si entra en sus cálculos tomar a su servicio a este pobre viejo.

— Pero querido Tatterly. Yo apenas gano para comer. ¿Y quieres que tome un criado?

— ¡Qué desgracia la mía!

— V la mía por ser tan pobre.

— ¿Qué equivocación la de su tío al dejar su fortuna al señor Kindovo!...

— No hablemos de eso. Mi tío hizo lo que le dictaba su conciencia. Por algo lo haría; y como lo hecho, hecho está, no admite discusión el asunto.

— ¿Entonces usted está conforme con lo que hizo?

— Claro que sí. Además, no fué él quien me negó protección, sino yo que no le acepté y me puse tonto. Nada, Tatterly, mi tío demostró ser tan orgulloso como yo. Le desprecié y me olvidó en su testamento. Era lo más lógico. Ahora, lo triste es que yo no pueda ayudarte como mereces por tus buenos servicios y la honradez.

— Si es por la comida, no se apure, yo apenas como, señor Fry.

— No sólo de pan vive el hombre.

— En fin, ¿qué le vamos a hacer! No me quedaba más camino que éste... Ahora iré a ver si me admiten en un asilo.

Daniel reaccionó.

— No, Tatterly, eso no. Yo no puedo permitir que haga tal cosa el anciano compañero de mi tío. Nada, lo acabo de resolver en este momento. Usted se queda aquí y lo que sea de uno será del otro.

— ¿De veras me admite?

— Sí, hombre, sí; pero no como a criado, sino como a un amigo... mejor dicho, como lo haría con mi propio tío si viviera.

El viejo criado abrazó al pintor, mientras los ojos de Caleb vertían lágrimas de reconocimiento.

Daniel se presentó como un hombre digno y de gran corazón; eso no admitía ya duda, como tampoco la deslealtad y falta de cariño del ambicioso Héctor.

Cuando Ida volvió al estudio, se quedó sorprendida al ver al viejo criado del tío de Daniel.

— Aquí le tienes, Ida; es Tatterly que viene a vivir con nosotros.

— Sí, señorita — habló el anciano. — Daniel es muy bueno y aún se acuerda de mí.

— Cosa que yo callo con toda el alma.

— ¿De modo que también usted me recibe bien?

— ¿Por qué no! Sea bien venido un buen amigo a nuestra pobre casa.

Y terminó la frase acercándose al viejo y besándole tiernamente.

Hacia muchos años que las mejillas de Caleb no habían sido acariciadas por labios de mujer.

La emoción del anciano iba aumentando por momentos, cuando apreciaba las relevantes dotes que adornaban no sólo a su sobrino, sino a la joven que había elegido por compañera.

— ¡Ea! Se acabaron las sensiblerías — dijo Daniel

alegremente. — Ahora a la prosa, a la verdad, como diría mi tío. Vamós a tomar el té.

El pintor tomó asiento a la mesa junto a Ida, pero el viejo se quedó en pie como una estatua.

— A la mesa — volvió a decir Daniel.

— ¿Yo también?

— Naturalmente.

— ¡Oh! Yo no soy más que un criado...

— Aquí no hay criados, Tatterly. Aquí no hay más que amigos.

Caleb Fry se sentía satisfecho de haber muerto.

...

Terminada la merienda y ya más tranquilo el nuevo huésped, se habló de los futuros triunfos del pintor; y ésta recordó entonces una cita que tenía pendiente con un conocido organizador de exposiciones.

— No pienso tardar — dijo mientras se arreglaba para salir.

— ¿Es para aquello de la exposición? — le preguntó Ida.

— Para eso precisamente.

— ¿Una exposición? — manifestó el viejo. — ¿Ya le admiten sus cuadros?

— De eso se trata; mejor dicho, de eso voy a tratar.

— Le admitirán sus lienzos, querido Tatterly —

interrumpió Ida con viveza. — Valen mucho, lo dicen cuantos los saben apreciar... lo digo yo.

— Y punto redondo — exclamó Daniel riendo a carcajadas.

— A ver si traes buenas noticias.

— Y entretanto aquí dejo a mi fiel amigo Tatterly al cuidado de la única joya que hay en esta casa.

Daniel salió del estudio y aún no habían pasado diez minutos cuando llegó otro visitante.

Héctor Kindovo.

El propio Caleb le franqueó la entrada, aunque bien a su pesar.

Ya había conocido de sobra a aquel hombre y sabía que a nada bueno podía ir allí.

Y no andaba desacertado el viejo.

Lo primero que hizo fué extrañarse de ver al criado.

— Pero es que Tatterly ha entrado a servir aquí? — preguntó.

— No — contestó secamente la joven.

— Me alegro por ustedes. Este hombre no está ya para nada... es un trasto inútil.

— El señor Tatterly — se apresuró a decir Ida es un buen amigo nuestro, el cual nos dispensa el favor de vivir en nuestra compañía.

— No está mal. Aquí viene de molde el refrán que dice: «Tú que no puedes llevarte a cuestras».

— No debe usted hablar así, porque Daniel gana



(Aparte usted, e grito pidiendo auxilio)

lo suficiente, sino para vivir con hijo, al menos para que no nos falte nada.

— ¿Y usted qué ha de decir, pobre mártir?

— ¿Cómo?

— Mire usted, Ida. ¿Quiere que hablemos con franqueza?

— Siempre hablo yo de ese modo.

Héctor fué a hablar y se detuvo.

— Dígame al criado que se marche — dijo con aspereza.

— ¿Por qué? Ya le he dicho que el señor Tatterly es un buen amigo nuestro.

— Pero ha sido mi criado y me repugna espontáneamente delante de él.

Eso lo puede usted hacer en su casa... pero no en la de Daniel.

— Señorita... me retiro — habló el viejo respetuosamente.

— No señor... usted no se marcha de mi lado.

— Está bien — manifestó Héctor con verdadero disgusto. — Puesto que usted lo quiere así, que se quede.

— No creo que sea tan grave lo que tiene usted que decir.

— Como grave no... pero sí muy íntimo.

— Espere entonces a que venga Daniel.

— Escuche, Ida. Me resulta incomprensible que una mujer encantadora como usted se obstine en vivir en un ambiente tan miserable como éste.

A mí, por el contrario, me parece un paraíso.

— ¡Qué! Usted habla así porque desconoce de lo que es capaz un hombre rico para hacer feliz a quien se lo merece por su belleza. ¿Qué espera usted de ese infeliz Daniel? ¿No se ha cansado ya de servirle de modelo para que sus cuadros se llenen de telarañas en el taller?

— Eso que usted acaba de decir no puedo tolerarlo — dijo Tatterly mediando en el diálogo.

— ¿Y quién te da vela en este entierro, viejo estúpido?

El anciano, olvidándose del papel que representaba, fué a lanzarse sobre aquel malvado... pero casi a la vez se abrió la puerta del estudio y el atlético compañero de Daniel, el gran Barco, como todos le decían en la Academia, entró como un bólido.

— Salud, arte y buen apetito — exclamó cruzándose de brazos en el centro de la habitación.

— ¿Ha visto usted a Daniel? — interrogó Ida.

— Sí, le vi salir de aquí... pero después vi entrar a éste, y como tardaba en volver a la calle, le subido.

— ¿Para qué? — preguntó Héctor con altanería.

— Pues para decirle que ya lleva aquí demasiado tiempo.

— ¿Y bien?

— Que puede volver si quiere cuando esté Daniel.

— ¿Y a usted qué le importa?

— Me importa mucho; tanto, que si no sale usted inmediatamente lo agarro del pescenco como si fuera una gata, y lo tiro por las escaleras.

— ¿Usted? — gritó Héctor poniéndose en pie.

Barco no hizo más que adelantar un paso; pero tal decisión se advertía en él, que viendo el visitante el asunto muy mal parado, juzgó oportuno marcharse sin saludar siquiera, y como quien hace un soberano desprecio.

— Me ha perdonado la vida — exclamó Barco riendo como un loco.

— ¡Es un malvado! — pensó a su vez el falso Tatterly.

— Nada — repuso el pintor. — Este pobre diablo se conoce que está mal con sus costillas y quiere deshacerse de algunas.

— ¡Por Dios, amigo Barco! — intervino Ida. No olvide usted que es primo de Daniel.

— Que no lo olvide él es lo que hace falta.

* * *

Transcurrieron algunos días sin que ocurriera nada anormal en el estudio de Daniel.

El viejo criado continuaba allí siendo tratado con el mismo o más cariño que antes.

Únicamente se notó una agradable variación de bido a las buenas esperanzas que tenía el artista.

Le habían prometido un contrato en un salón de exposiciones; y, por fin, había conseguido firmarlo.

De aquí que aquel día celebrase su triunfo familiarmente, invitando a la comida a sus buenos amigos.

Entre éstos se hallaba el gran Barco, dispuesto a engullir por una docena, pues según él, de ese modo hacía más honor al anfitrión.

La comida transcurrió en medio de la mayor algazara.

A la hora de los brindis se puso en pie el coloso Barco, y, alzando la copa, brindó.

— A la salud de Daniel Fry, el mejor pintor de los tiempos presentes, pasados y futuros.

— ¡Bravo, bravo! — vociferaron todos.

— A la salud de la reina de la fiesta — siguió el pintor volviendo a vaciar su copa.

Todos aplaudieron alegremente.

— A la salud del fiel Tatterly — y volvió a apurar otra copa.

A ver si con tanta salud vas a perder la tuya — dijo otro de los allí reunidos.

A mí no hay vino que me tambalee... A un Barco como yo sólo le hace bailar el agua.

— ¡Que hable Daniel, que hable!

— Amigos míos — dijo el aludido levantándose. — Tengo el gusto de participar mi próximo enlace con la mujer más bella de la tierra, en los tiempos presentes, pasados y futuros, como dice éste.

Un estruendoso aplauso acogió las frases de Daniel.

— ¡Basta, señores! — gritó Barco imponiendo silencio.

— Si vas a seguir bebiendo no te lo permito.

— No se trata de beber, sino de aprovechar la ocasión que se me presenta.

— ¡Veamos!

— Siguiendo la tradicional costumbre en estos casos, me adelanto y pido el privilegio del primer homenaje de hermano.

— ¿Y qué homenaje es ese?

— Un beso a la prometida.

V animado después con el coro de carcajadas, fué a poner los labios sobre la frente de Ida.

— Aparta, borracho — exclamó Daniel interpo-

niéndose sin dejar de reír, pero tratando de impedir el homenaje.

Aquí fué Barco a hacer valer sus hercúleas fuerzas apartando al prometido, el cual resbaló rodando por el suelo como un taco.

Todos rieron la escena porque conocían de sobra a los dos amigos y sabían que no podía pasar aquello más que de una simple broma.

Pero Daniel fué a levantarse y no pudo conseguirlo.

— ¿A que eres tú el borracho? — gritó Barco cogiéndolo en sus brazos.

— ¡Por Dios... no aprietes!... ¡Oh, qué dolor!

— ¡Hombre, no será tanto!

Daniel no pudo resistir más y se desmayó.

Se había roto un brazo.

— ¡Eres un bruto, Barco! — chillaban unos mientras otros salían en busca de un médico.

— ¡Pero si yo le quiero más que todos juntos! — sollozaba el pobre muchacho dándose golpes en la cabeza.

Tatterly lo había presenciado todo y andaba de un lado para otro, dando órdenes sin tino ni concierto.

Total: un desbarajuste que terminó cuando Daniel pudo ser trasladado a la cama.

— ¡Pero por qué no habré sido yo 'el del brazo roto'? — suspiraba el causante del disgusto.

— Porque tú eres un elefante — le contestó el más joven de los pintores.



¿Y usted cree que el dinero se dedica a cometer toda clase de atropellos e iniquidades?

— ¡Sí? ¡Pues ojo con que te dé un moquetazo, que hoy no estoy para aguantar bromas.

— No, si te lo digo en serio.

— Entonces va es otra cosa... pero lárgate, si no quieres que me desahogue contigo.

— ¡Aún no estás tranquilo con la barbaridad que has hecho y quieres hacer otra?

— ¡Una barbaridad, sí, y de las más gordas. Soy el primer bárbaro de la cuadrilla!

Y aquel hombretón empezó a sollozar como un niño.



Es muy cruel el destino.

Cuando al pobre Daniel se le había presentado la ocasión en que podía ganarse holgadamente la vida, un accidente estúpido venía a impedirselo.

Y así pasaban los días sin poderse mover para que la curación fuera completa.

Esto, lamentable siempre en cualquiera otra persona, lo era doblemente en el artista, el cual fué gastando poco a poco sus insignificantes ahorros, hasta que no hubo más recurso que vender objetos del estudio que sólo de momento resolvieron la crítica situación.

El viejo criado veía aquella miseria que le rodeaba, y aunque todavía tenía el carácter y la decisión de cuando era millonario, se encontraba hasta falto de ideas para poder ayudar a su infeliz sobrino.

¡Cuántas veces se arrepintió de la imprudente ligereza que había cometido al dejar su fortuna al degenerado Héctor!

Pero lo hecho no tenía vuelta de hoja.

¿Cómo volver a hacer valer sus derechos si él mismo se había impesibilitado por lo bien que lo hiciera todo hasta última hora para despijitar a la sociedad?

Caleb Fry estaba enterrado.

¿Cómo resucitarle?

— Imposible... imposible! — murmuraba el pobre señor, siguiendo a Ida como un autómatas cuando ella buscaba algo para vender.

— ¿Pero se va usted a desprender de esos hermosos estudios? — le dijo una mañana a la joven cuando ésta miraba y remiraba unos cartones.

— No hay más remedio, Tatterly — contestó Ida. — Es preciso comer...

— ¿Y no se podría encontrar otro medio?

— ¿Cuál?

— No es posible que Héctor se hiciera el sordo ante las necesidades de Daniel. Ya sé que es un perfecto trasto; pero, lo repito, en un caso como éste...

— Va le ha indicado un amigo algo de lo que nos pasa.

— ¿Y qué ha dicho?

— No lo sé; pero temo que Daniel se enfade si sabe que recurrimos a su primo.

— ¡Oh!

— Además, amigo Tatterly, ese hombre me da miedo no sé por qué.

En esto se oyó el timbre de la puerta, y el propio Héctor apareció en el estudio.

— Acabo de saber el accidente de Daniel — dijo saludando a Ida respetuosamente.

— Ha sido una verdadera desgracia.

— Que yo remediaría en seguida con muchísimo gusto; pero...

— ¿Qué? — interrumpió el viejo con ansia.

— Conozco a mi primo tanto como lo conocía mi tío. Es orgulloso y me consta que no aceptará nada de mí.

— Pero de un modo indirecto, quizá.

— Hay un medio para arreglarlo todo.

— ¿Cuál? — preguntó Ida.

— Yo tengo un amigo entusiasta por la pintura.

— Va veo dónde va usted a parar.

— Le hablaré, le ponderaré las obras de Daniel, y yo les respondo que lo que vendan será bien pagado... hasta con esplendidez; y así mi primo no tendrá que agradecerme nada.

— Es una buena idea — manifestó Tatterly.

— ¿Y esos cartones cuándo los podrá ver su amigo? — preguntó Ida — porque ya en el terreno de la franqueza le diré que nos hace mucha falta solucionar el asunto de la venta. Yo iba a salir ahora mismo a ver lo que conseguía.

— Una miseria... ¡Oh, no lo intente siquiera!

— Héctor tiene razón.

Claro que la tengo. Conozco a esos pillos que

compran cuadros y objetos de arte y sé lo que suelen dar por ellos.

— ¿Pero cuándo verá usted a su amigo?

— Esta misma tarde... cuando salga de aquí.

— Entonces...

— Le citaré para esta noche, a las ocho en mi casa.

— Perfectamente.

— Y usted se presenta un poco después con los cartones. Lo demás corre de mi cuenta.

La joven vaciló; y algo notaría en ella Héctor cuando se apresuró a levantarse diciendo:

— No veo otra manera de poder ayudar a su prometido Daniel.

— ¡He! — dijo Ida resueltamente.

— ¡Bravo! No olvide que ha de venir después de las ocho para que ya esté en casa mi amigo.

— No lo olvidaré.

— ¿Qué le parece a usted? — le preguntó a Tatterly la prometida del pintor cuando Héctor se hubo marchado.

— Que no hay más remedio que tomar por este camino. Así no se molestará Daniel.

— ¿Y no será el mismo Héctor el que quiera comprar los cuadros?

No lo creo.

— ¿Por qué?

— Pues, sencillamente, porque eso sería un rasgo de nobleza que él está muy lejos de sentir.

— De modo que usted piensa que es cierto lo del amigo comprador?

— Quiero creerlo. Además, con probar no vamos a perder más que algunas horas; y mañana se podría realizar el negocio en otras condiciones.

Daniel interrumpió el diálogo llamando a Ida a su habitación.

El artista aún no se había levantado de la cama, y su constante manía era la apremiante situación en que se encontraban.

— ¿Qué te ha dicho el médico? — le preguntó al verla.

Mira, el señor Tatterly te lo pueda decir, que también lo ha oído.

— ¿Pero qué dice? ¿Cuándo me saca de esta cama? ¿Adónde tienes para unos días?

— ¿Y qué haremos entretanto?

— Viviremos como hasta aquí; no te preocupes.

— ¿Pero con qué recursos? ¿Ida! ¿Con qué recursos? ¿Te figuras que he perdido el conocimiento?

— Ya sé que piensas en todo; pero no quiero que sufras.

— Por muy bien que administres, no es posible que tengas ya ni un solo centavo.

— He vendido algo que apenas si nos hacía falta.

— ¿Poco te habrán dado?

— Mira, no te metas ahora en estas cosas. Tatterly y yo nos entendemos perfectamente.

— Sí, pero yo quiero saber lo que pasa y lo que hacéis; de ese modo estaré más tranquilo.

— Bien hombre, bien. Se me ha presentado la ocasión de vender a muy buen precio algunos estudios.

— No está mal pensado. La cuestión es hacer frente a nuestras necesidades, mientras yo estoy enfermo. Después ya trabajaré más y nivelaré mi taller.

— ¿Estás ya contento?

— Así, así. ¿Qué remedio me queda? Pero procura que no se ría de nosotros el comprador.

Tatterly me ayudará.

— ¿Le conoces acaso?

— No, pero me lo ha recomendado una persona que parece que nos aprecia y que quiere ayudarnos.

* * *

Así las cosas, se dispuso a salir a la calle la prometida de Daniel, con objeto de dirigirse a la casa de Héctor; para esto cuidó de ocultárselo al enfermo.

— Por qué?

Ida comprendía que el pintor hubiera puesto una rotunda oposición, pero lo volvemos a repetir: las circunstancias la inducían a ello.

Sin embargo, después de encargar eficazmente

a Tatterly el cuidado de su Daniel, vaciló de nuevo, aun estando ya preparada para salir.

Su instinto de mujer le hacía presentir un algo que le quitaba la tranquilidad.

— ¿Y si esperare a mañana? — pensó antes de tomar los cartones. Quizá lograra venderlos sin tener que agradecer nada a ese hombre. Sí, mañana, mañana. Hoy tengo el gasto hecho y las cosas resueltas. Mañana será otro día.

Y fué a llamar a Tatterly para comunicarle su nueva determinación; pero en este momento llamaron a la puerta presentándose la portera.

Una buena mujer, a pesar del cargo que ocupaba en el inmueble.

— ¿Qué hay, Junna? — preguntó Ida.

— Pues verá, señorita... pero ante todo, ¿cómo sigue el señor Daniel?

— Mejor, cada día mejor... tanto, que muy pronto empezará de nuevo sus interrumpidas faenas.

— ¿Cuánto me alegro!

— Gracias.

— ¡Oh, tanto usted como él se merecen el cariño que se les profesa!... pero hay tan malas personas en el mundo!

— ¿Qué quiere usted decir?

— Pues verá; y crea firmemente que me causa mucha violencia tener que molestarla.

— Vamos, hable con claridad. ¿Qué pasa?

— ¡Maldito dinero!

— Sí, maldito... pero sin él no es posible vivir.

— Ya lo sé, señorita; y si yo tuviera, le juro que no pasarían disgustos.

— Gracias... pero acabe usted de una vez, que ya me tiene intranquila.

— Supongo que no tendrán hoy mucho dinero...

— Supone usted mal.

— ¡Oh! ¿Según eso están bien de fondos? ¡Cuánto me alegro!

— No, Junna, no. Digo que supone usted mal porque no es que tengamos poco dinero, sino ninguno... absolutamente ninguno.

— ¡Lo que yo me temía!

— ¡Por Dios, acabe usted!

— El encargado de cobrar los alquileres, que por cierto es un tío de los más frescos, me ha dicho que le pase un avisito.

— ¿Para qué?

— Mañana a primera hora se presentará con el recibo y quiere cobrarlo en el acto, pues, según él, ya es la tercera vez que viene.

— ¿Y eso tiene que ser mañana a primera hora?

— Así me lo ha dicho... y no faltará. Para eso de presentar recibos es un cronómetro.

— Está bien.

— No señorita, está mal.

— Ese señor cumple con su deber. Se le debe y quiere cobrar.

— Naturalmente... pero bien se podía hacer cargo.

— Nada, querida Juana... Yo haré lo posible porque no se vaya mañana sin el importe del recibo. No quiero que Daniel se entere y haré cuanto humanamente sea posible para evitar un escándalo.

— ¡Ay, cuánto me alegraré de que puedan ustedes salir adelante!

— Gracias, gracias.

La buena mujer se marchó prodigando sus cumplidos y ofreciéndose para todo incondicionalmente, a la vez que Ida revolvía nerviosamente los estudios de Daniel, tomando los que le parecieron más llamativos para un comprador.

* * *

Llovía torrencialmente, cuando la pobre joven se lanzó a la calle llevando bajo el brazo la cartera con las obras de arte del pintor.

Varias veces tuvo que guarecerse en un portal y otras tantas pensó tomar un auto; pero como no tenía la seguridad de poder pagar después, tuvo que arrostrar las inclemencias del tiempo, temiendo llegar tarde al sitio de la cita.

Así, procurando que los cartones sufrieran lo menos posible, atravesó calles y más calles, consiguiendo, al fin, ganar el ancho vestibulo de la morada de Héctor.

— ¿Pero qué es esto, amiga mía? — exclamó el millonario al ver el desastroso estado en que se pre-

sentaba Ida. — ¡Viene usted calada hasta los huesos!

— ¡Llueve tanto!

— ¿Llueve? ¡Caramba! No me había dado cuenta. ¿Y por qué no ha tomado un auto? ¿Por qué no ha pedido el mío por teléfono?

— No sé... no sé. En fin, ya estoy aquí. ¿Ha venido ese caballero?

— Aún no... ¡Pero por Dios!... deje usted que le quite todo esto que lleva encima... Si ya no sirve para nada.

V pretextando una solicitud que estaba muy lejos de sentir, quitó la piel que Ida llevaba como único abrigo.

— Ahora vengan esos cartones y esperemos. ¿Cuántos hay?

— No lo sé... ya los veremos cuando venga su amigo... pero si tarda mucho, no tendré más remedio que marcharme antes de que Daniel note mi falta.

— ¡Y dale con Daniel! Siempre Daniel... Me lo voy a encontrar hasta en la sopa.

— ¿Pero no me dijo que su amigo estaría aquí antes que yo?

Así me lo prometió. ¡Eal! Esperemos tomando te y así se nos pasará el tiempo más de prisa.

— No... yo no quiero nada.

— ¿Pero me va usted a desairar?

— Héctor... no me encuentro bien... me debo haber enfriado con la lluvia... me marchó... me marchó.

— ¿Marcharse usted? ¡Quia!
— ¿Cómo? — exclamó Ida levantándose.
— Yo no puedo dejarla salir de mi casa en ese estado.

— Pero yo me voy aunque usted se oponga.
Y la joven corrió hacia la puerta, cuya llave tenía Héctor en el bolsillo desde que entró.

— ¿Me ha encerrado usted? — gritó viendo claramente las torpes intenciones de aquel hombre.

— He hecho lo que se suele hacer con los locos, y usted lo está de remate al no comprender que aquí estaría como en la gloria.

— ¡Caballero... esto que usted hace es una indignidad!

— Es un medio como otro cualquiera para retenerla a mi lado.

— ¿Me ha engañado usted!

— No se lo niego; pero le juro que ha sido por lo mucho que la amo. Al declarar ya abiertamente su funesta pasión se lanzó sobre Ida para estrecharla entre sus brazos; mientras ella procuraba escapar defendiéndose de la agresión.

— ¡Vamos, tranquilícese usted!... Yo soy mucho más cariñoso que Daniel.

— ¡Aparte usted o grito pidiendo auxilio!

La pobre muchacha tuvo suerte en medio de todo, debido a la previsión de Tatterly, el cual, desconfiado como ella, la siguió y pudo llegar hasta la antesala desde donde oyó los gritos.



Para mí me usad bien. Yo soy Cañón Fry

— Abra usted inmediatamente — exclamó el viejo dándole fuertes golpes a la puerta. — Soy Tatterly... abra en seguida, si no quiere que llame a la policía.

— ¡Tatterly, Tatterly! — gritó a su vez Ida desprendiéndose de los brazos del malvado.

Este se vió obligado a abrir la puerta para evitar el escándalo que se le venía encima.

— ¡Héctor Kindovol... es usted un miserable — rugió el viejo entrando precipitadamente.

¿Y a usted quién le mete a intervenir en mis asuntos?

El deber de toda persona honrada.

— Largo de aquí inmediatamente.

— Vamos Ida, salgamos de aquí.

— Pero sepa usted que yo no he pretendido más que solucionar la situación de Daniel con mi dinero.

— ¿Y usted cree que el dinero da derecho a cometer toda clase de atropellos e iniquidades?

— ¡Basta! Ya está usted aquí demás.

— No, lo que sobra en esta casa es esta señorita, a la que no ha logrado usted pervertir con su infame conducta... Salga usted, Ida.

La joven se apresuró a ganar la puerta y una vez allí esperó al viejo amigo.

— Máchese — dijo éste al ver su actitud. — Yo me quedo aquí para terminar el asunto con este individuo.

Ida juzgó oportuno quedarse en la escalera, temiéndola una fechoría del infame Héctor.

— ¿Qué es lo que tiene usted que arreglar conmigo? — preguntó el millonario temblando de ira.

— No trato más que de hacerle una pregunta.

— ¿Cuál?

— ¿Qué diría usted si Caleb Fry saliese de su tumba para pedir a usted cuenta de su conducta?

— Yo no contesto a preguntas necias.

— Pues míreme usted bien. ¡Yo soy Caleb Fry! Héctor se quedó un momento sin saber lo que le

pasaba; pero casi al instante reaccionó soltando una estrépitoso carcajada.

— ¿Se ríe usted, infame?

— Hombre, esto no está mal. Ahora quiere usted explotar su parecido con su amo, ¡viejo farsante!

— Aquí no hay más farsante que usted. ¡Yo soy Caleb Fry!

— Aunque usted fuese el propio Caleb Fry, sería necesaria una fortuna para poder demostrarlo ante los tribunales.

— Le juro solemnemente que lo demostraré.

— Entretanto, largo de aquí!

— Estoy en mi casa... soy el amo... todo me pertenece.

— ¡Ea! Si te has vuelto loco, que te encierren... ¡Fuera de aquí!

Y abusando de la fuerza brutal zarandeo primero al pobre viejo y después lo arrojó como un trazo sobre el rellano de la escalera.

— ¡Pobre Tatterly! — exclamó Ida acudiendo en su auxilio.

— ¿Pero qué hace usted aquí? — le preguntó Tatterly.

— Ayudarle como usted ha hecho conmigo.

— Vámonos, vámonos pronto a casa... sus manos quemar y me temo que haya usted cometido una locura al salir a la calle en una noche como ésta.

No se equivocó el antiguo financiero.

Ya en la modesta vivienda del pintor, no se le

pudo ocultar a éste la intensa fiebre que padecía Ida.

El viejo Tatterly se multiplicaba acudiendo a los dos enfermos, ayudado, como es natural, por la buena portera, la cual se encargó de avisar al médico y de preparar los remedios que de momento exigía el estado de la joven.

— ¿Pero qué ha pasado? — preguntaba Daniel queriendo levantarse del lecho.

— Nada, no es nada. Ida sufre un enfriamiento, por haber arrostrado los rigores de la lluvia.

— ¿Y qué ha conseguido?

— No lo sé... descansen usted, que es lo conveniente, y mañana veremos.

— ¿Pero Ida!...

— No pase usted cuidado por ella. Ni la señora Juana ni yo nos movemos de aquí.

Aquella noche se pasó como Dios quiso; pero se pudo salir adelante gracias a la buena voluntad de la señora Juana.

Al día siguiente tuvo el raro talento de encontrar argumentos para convencer al cobrador de los alquileres de que los inquilinos del estudio estaban para cobrar una gruesa suma.

— ¿Usted me lo asegura?

— Sí, señor.

— ¿Y si la han engañado a usted?

— A mí no hay inquilino que me engañe, caballero. Soy portera desde antes de nacer, porque mi madre también lo era... y no le digo más.

— Sin embargo...

— Y en último caso, si no cumplen como Dios manda, si es que Dios manda que se les pague a los caseros, aquí me tiene usted a mí. Yo respondo de la deuda.

— Eso ya es harina de otro costal.

— Pues ya sabe que no es a ellos, sino a mí, a quien tiene que presentar los recibos.

— Serán dos en vez de uno.

— Aunque sean veinte.

— Hemos terminado, señora Juana. Usted y yo nos entenderemos desde ahora.

— Muy bien.

Y de este modo logró la pobre mujer parar el golpe, ganando algunos días para que no atormentaran a sus buenos amigos.

Aunque sin poder mover el brazo, pudo, al fin, Daniel abandonar el lecho; pero no así Ida, la cual continuaba postradísima.

La fiebre y el padecimiento moral que sufría habían perjudicado tanto su organismo, que se veían y se deseaban para poder contrarrestar el mal.

El médico que la visitaba hacía también todo lo que humanamente se podía hacer con un enfermo de escasísimos recursos.

— Pero doctor, — le dijo Daniel. — Esto no tiene trazas de terminarse. Ida cada vez está más pos-trada.

— Es cuestión de tiempo, amigo mío. La enfermedad ha sido muy dura con ella.

— Eso quiere decir que se encuentra fuera de peligro.

— Sí, señor, se lo aseguro.

— ¡Oh, qué consuelo siento al oírle, doctor.

— Yo no me atrevo a recetar algo que sería de gran provecho, porque ignoro si la situación de usted le permitirá...

Daniel bajó la cabeza avergonzado y no contestó.

El médico continuó:

Conviene a la enferma, o mejor dicho a la convaleciente, una temporada en el campo, con buenos alimentos y mucho reposo.

— Ya lo has oído, Tatterly — suspiró Daniel cuando el doctor se hubo marchado.

— Sí, lo he oído, pero no es prudente que Ida lo sepa.

— Tiene usted razón; pero comprenderá que de este modo es imposible seguir.

— No se inquiete, Daniel. Todo se arreglará.

— ¿Cómo?

— Con dinero.

— Por primera vez lamento que mi tío Caleb no me haya dejado unos cuartos. ¡Qué práctico y qué previsor era mi tío!

— ¿Ahora se da usted cuenta?

— Ahora, sí... ahora que la desgracia ha invadido mi pobre casa.

— Pues le repito lo que le acabo de decir. No se apure.

— ¿Pero tiene usted algún resorte que tocar?

Puede que sí.

— ¡Oh!... Eso sería maravilloso.

— No tanto. Su tío tenía varios amigos tan poderosos como él... Yo los conozco... Siempre me han demostrado afecto, y quizá acudiendo a ellos...

— ¿Y cómo no acudió antes de recurrir a mí, cuando Héctor le despidió de su casa?

Tatterly se quedó sin saber lo que tenía que contestar; pero encogiéndose de hombros buscó la salida con algunas frases ambiguas; y aquella misma noche salió del estudio sin decir lo que se proponía hacer.

El hombre orgulloso de antes, el indomable, se rebajó hasta el punto de volver a presentarse en casa de Héctor. De todo era capaz para poder solucionar la precaria situación del desdichado pintor y de la adorable Ida.

El joven millonario acababa de llegar a su domicilio dando traspés a causa de los vapores del champaña.

Su obsesión era poseer a Ida, y como no podía vencer los obstáculos que se oponían a que sus pretensiones se realizaran, no perdonaba fiesta para olvidar

su inmensa pasión, embriagándose como el más vulgar de los mortales.

Se hallaba en su despacho con una botella delante, tratando de apagar la hoguera que ardía en su pecho ingiriendo más fuego del que tenía.

— ¿Otra vez aquí, estantigua? — murmuró al ver entrar al criado.

— Otra vez, sí señor; pero ahora vengo en son de paz.

— ¿En son de paz, o al son de mi dinero?

— Algo hay de eso también.

— ¡Oh, yo tengo mucha pupila, amigo mío!

— He venido a ver si me puede hacer un préstamo.

— ¿A tí?

— Es para Daniel. Está sin recursos... Ida muy enferma...

— ¿Ella?... ¿Está enferma ella?

— Sí, señor... por eso me he decidido a venir.

— ¿Pero qué tengo yo que ver con usted?

— Nada, ya lo sé; pero ellos...

— Puede usted decirle a Ida que yo tengo para ella todo el dinero que quiera... pero es preciso que venga en persona a buscarlo.

— No puede... está muy enferma.

— Entonces cuando se ponga buena.

— El doctor le ha recomendado una larga temporada en el campo.

— ¡Magnífico! Dígale también que yo me la lle-

varé a una de mis posesiones... a la que ella elija.

— Eso no es posible.

— Pues hemos terminado; ya se puede usted marchar.

— No creí que tuviera usted el corazón tan duro.

— ¿Pero cómo quiere que se lo diga? ¿Hablo yo en chino?

Y levantándose de su asiento fué dando traspiés hasta llegar a la caja de caudales.

La abrió y sacó de ella un fajo de billetes.

— ¿Ve usted? Aquí están apartados para ella... para Ida. Quinientas libras. Si viene son suyas... es mi última palabra.

Dicho esto volvió a la mesa dejando la caja abandonada y siguió bebiendo y riendo a carcajadas.

Ya no sabía ni lo que ocurría a su alrededor; tal era el estado de embriaguez.

El viejo tuvo intenciones de lanzarse sobre aquel degenerado... pero una repentina idea le contuvo.

¿Por qué no había de apoderarse de las quinientas libras, si eran suyas legítimamente?

La borrachera de Héctor, su inconsciencia, le dejaban dar aquel paso sin responsabilidad y sin consecuencias. No lo debía pensar más, y no lo pensó.

Llegó a la caja, tomó el dinero, y lanzando una despreciativa mirada sobre Héctor salió de la estancia.

Ya en la calle suspiró con fuerza y pensó en que la situación de su sobrino el pintor ya no era tan precaria como una hora antes.

La convalecencia de Ida estaba asegurada... pero ¿y después?

La cantidad que guardaba en el pecho no era más que una especie de compás de espera en la horrible situación de los pobres muchachos.

¿Qué pasaría cuando las quinientas libras se agotaran?

Tatterly llegó pensando de este modo a la puerta del estudio.

Allí se detuvo, sin atreverse a llamar. De pronto notó en su cerebro uno de aquellos chispazos que le hicieron célebre entre los más famosos financieros.

— ¿Por qué no he de probar? — se dijo agitado por un radiísimo temblor nervioso. — ¡Una operación más! ¡Sí! Quizá la última... pero la decisiva... la que necesito para mi mayor tranquilidad.

Y decidido a jugarse el todo por el todo entró en el estudio, donde ya le esperaba Daniel con impaciencia.

El rostro del anciano había sufrido una transformación tan especial, que no pasó desapercibida a los ojos del pintor.

— No me diga nada — se apresuró a decir. — Ya leo en su cara la más viva satisfacción.

— Sí, querido Daniel, al fin he podido solucionar el asunto.

— ¿Definitivamente?

— Creo que sí.

— Pues ya se lo podemos participar a Ida.



¡Gira vez Caleb Fry, en persona!

Como usted quiera.

— Pero sepamos. ¿Qué ha conseguido?

— Hasta mañana no me pregunte usted más, porque he jurado guardar el secreto.

— ¡Demonio! ¿Pero tan grave es el asunto?

— No lo sé... Quizá cambie todo radicalmente... es cuestión de... de oportunidad.

— ¿Pero qué están ustedes tramando ahí fuera? — preguntó Ida desde la habitación contigua.

Daniel y Tatterly penetraron, poniéndose antes de acuerdo con una elocuente mirada.

— ¿Estaban preparando mi entierro? — dijo enferma en son de broma.

— ¿Quién piensa en eso? — babilo Tatterly. Estábamos tratando de buscar un sitio apacible y ameno para que Daniel y usted pasen una buena temporada.

— Esas son fantasías...

— Que serán realidades, no le quepa a usted duda.

— ¿Se han encontrado otro testamento del señor tío de Daniel?

— De su dinero se trata.

— Supongo — intervino Daniel — que no andará en este asunto mi primo Héctor.

— No señor. Su primo es completamente ajeno a todo... soy yo... es decir, yo tampoco.

— ¿Pues quién es, entonces?...

— Ese es precisamente el secreto que he jurado no revelar; y para que no me tiren ustedes más de la lengua, me retiró a mi cuarto descándoles una noche tranquila... y hasta mañana.



VI

Al otro día cuando Daniel se presentó en el estudio, esperó inútilmente a que Tatterly saliera de su cuarto.

El viejo no estaba ya en la casa; pero la portera no faltó a su obligación y ella fué la que enteró al pintor de que Tatterly había salido muy temprano, diciéndole que tenía unos importantes asuntos fuera de la población y que tardaría algunos días en regresar.

Fué este un rudo golpe para Daniel y para Ida, los cuales querían de veras al anciano criado de Caleb.

— ¿Pero no estará esto relacionado con los misterios de anoche? — preguntó Ida al pintor.

— Eso debe ser. El pobre es capaz de acometer hasta lo imposible por salvarnos.

Con la gran habilidad y experiencia bursátil que tanto maravillaba a los financieros de Londres,

Caleb Fry se lanzó a especular en la Bolsa con las quinientas libras.

El indomable espíritu del financiero despertó con más bríos que nunca, decidido a llevar a la práctica el sueño de su más brillante y atrevido negocio.

Su entrada en los anchurosos salones del establecimiento fué objeto de grandes comentarios.

Desde los más altos empleados hasta los botones que llenaban de números las pizarras, empezó a ser llevado y traído el nombre de Caleb Fry.

— ¿Pero no murió el gran financiero? — decía un banquero a otro.

— Claro que murió... yo mismo fui al entierro.

— ¡Demonio! Pues debe haber resucitado. ¿No ha visto usted qué parecido tan grande?

— ¿Pero usted no conocía a su criado Tatterly?

— No.

— Pues de ahí vienen sus dudas. El hombre que acaba usted de ver no es otro que el criado del financiero, cuyo parecido con él era extraordinario.

— ¿V qué viene a hacer aquí ese hombre?

— Quizá se le haya aparecido en sueños su amo, sugiriéndole alguno de sus golpes maestros.

— Puede ser... porque sus ojos brillaban lo mismo que los del célebre banquero cuando traía entre manos alguna batalla de banca.

Un empleado que había estado ausente de Londres algunos meses, vió a Tatterly y se apresuró a ponerse

a su disposición como tenía la costumbre de hacerlo antes de ausentarse.

— Me parece que se equivoca usted, buen hombre — le dijo el ex millonario.

— ¿Pero cómo? ¿No es usted el señor Fry? — manifestó el empleado.

— No señor. Soy su antiguo criado y nada más.

Aquel individuo se apartó algunos pasos, y moviendo la cabeza de un lado a otro en señal de duda, exclamó para sí:

— Pues lo que es a este cura no lo engañas. Tú eres Caleb Fry, el mismo... esos ojos de fuego no se confunden con otros.

Y se metió en un despacho dando la noticia de que se preparaba algún suceso extraordinario.

— ¿Pero de dónde ha sacado usted eso? — le preguntaron.

— De que he visto a Caleb Fry haciéndose pasar por su criado... no lo duden ustedes, le conozco y sé que debe llevar entre manos algún golpe de los suyos.

— ¡Hombre, no sea usted visionario!

— ¡Se lo juro!

— Caleb Fry está hace ya tiempo en el cementerio.

— Caleb les ha engañado. Caleb vive y yo acabo de hablar ahora mismo con él.

Y de esta manera o de otras parecidas el nombre del banquero iba de boca en boca.

A todo esto, el atrevido viejo daba principio a su

arriesgada operación, casi sugestionando a los más desaprensivos empleados.

— ¿Pero qué es lo que usted pretende? — le preguntaban.

— Ya lo están ustedes viendo.

— Eso es una locura.

— ¿Qué? ¿Comprar como yo quiero?

— ¿West Australia Gold? Le aconsejo que no compre; sería una mala operación.

— Yo no le pregunto su opinión. ¿Compre usted?

El agente no pudo disimular un movimiento de asombro al reconocer el temple mismo del financiero fallecido.

Y la fantástica noticia de que Caleb había abandonado la tumba para hacer una importante jugada se esparció hasta por las inmediaciones de la Bolsa.

Unos tomaban la cosa a chacota, otros dudaban, otros hacían comentarios, pero los más, supersticiosos, como buenos jugadores, se inclinaron del lado que el fantasma les indicaba, y aquello fué una verdadera batalla.

A las quinientas libras de Tatterly se unieron enormes capitales; y él pudo ir engrosando la mezuquina suma con que se había presentado, logrando hacer en menos de una hora casi la fortuna que perdiera.

Los jugadores de la casa ensordecían con sus gritos.

Y la fiebre del negocio era mayor aún que en vida del famoso financiero.

¶ Héctor fué el más perjudicado, puesto que especialmente hacia él iba dirigido el tiro.

— Alguien ha forzado las West Australia — le dijo su administrador. — Necesitamos diez mil libras para cubrirle a usted.

— Pues póngalas y en paz.

— No las tenemos.

Héctor creyó que se trataba de una broma de mal género, y lo demostró insistiendo.

— Es inútil... no podemos hacer nada.

Al mismo tiempo que ocurría esto, felicitaban a Tatterly por todas partes; especialmente los que le habían seguido, confiados en el éxito de la operación.

— Acaba de hacer usted una maniobra digna del mismo Caleb Fry.

— Fué mi maestro.

— Y que demuestra usted que le conocía bien.

— Ya lo han visto ustedes.

Y Caleb salió del despacho esperando la hora del cierre, que por cierto no tardó mucho rato en llegar.

— Ahora a vender — ordenó a sus agentes.

Aquí fué ya el colmo del escándalo. La gritenía por todas partes era ensordecedora.

Las multitudes se apiñaban queriendo asaltar las taquillas.

Héctor, medio loco, con la desesperación pintada en el semblante, se presentó en el despacho de un banquero, tratando de parar el terrible golpe.

— Vengo a que me auxilien.

— ¿Qué desea usted?

— No tengo ya disponibilidades. ¿Puede usted ampliar mis créditos?

El hombre de negocios consultó con sus empleados sin hacer caso de la impaciencia de Héctor.

— ¿Pero se decide o no? — preguntó éste.

— Es inútil. El golpe ha sido demasiado rudo. Está usted completamente arruinado.

¿Qué diferencia de la situación actual del heredero con la del falso Tatterly!

Al primero se le negaba el crédito que con tanta ansia pedía.

Al segundo se le ofrecía el dinero a manos llenas, dinero que ya le pertenecía porque lo había sabido ganar valiéndose de su raro talento.

— Puede usted pedir la suma que quiera — le dijeron en el despacho donde le ayudaron a hacer la operación.

— Ahora no quiero más que quinientas libras — manifestó Tatterly.

— Aquí las tiene usted.

El resto de mi saldo envíenlo inmediatamente a Daniel Fry, calle Quen, número 128. Le suplico que no le digan quién le envía este dinero.

— Así se hará, no lo dude.

— Pues me marchó satisfecho.

— ¿Y no se reserva algo para usted?

— Con esto tengo bastante.

Y el fantasma, como todos le llamaban, desapareció de la Bolsa para no volver más.

Acababa de hacer la última operación, como había pensado. ¿A qué volver de nuevo a contagiarse con la fiebre del negocio?

La felicidad de Ida y Daniel estaba asegurada.

El error que cometiera al dejar su fortuna a Héctor estaba enmendado.

¿Para qué quería más?

No estaba borracho Héctor aquel día.

Sin embargo, sus sienes le daban fuertes latigazos como en las grandes tormentas producidas por los vapores del vino.

No sabía qué hacer ni qué partido tomar.

La desesperación le tenía anodado.

¿Qué haría para volver a recuperar la fortuna que tan repentinamente se le había escapado de las manos?

Luchando con estos pensamientos, no se dio cuenta que se abría la puerta de su habitación, presentándose el viejo Tatterly con la sonrisa en los labios.

— ¿Otra vez Tatterly? — exclamó el atribulado Héctor.

— Otra vez Caleb Fry, en persona.

— ¡Mientes, canalla! ¡Te quieres valer de malas artes para anonadarme, pero te juro que no lo vas a conseguir!

— Lo he conseguido ya.

— ¿Y a qué vienes entonces?

— Dijo usted que yo necesitaría una fortuna para demostrar que su tío no había muerto...

— Lo dije y lo sostengo, ¡viejo marrullero!

— Pues bien; ya lo he demostrado. Tengo esa fortuna y a ti no te queda más que esto.

Y tiró sobre la mesa las consabidas quinientas libras.

— ¡Este es un golpe de efecto que no ha de servirte para nada! — gritó Héctor acabando de perder la calma.

— ¿Qué has hecho de la fortuna que te dejé?

— ¡Fuera... fuera de aquí... no me atosigues más!

¡Vete!

— Me voy después de haber recuperado lo que en un momento de locura te cedí.

— ¡Ea... no puedo más! ¿Persistes en que eres Caleb Fry?

— ¿No te lo han dicho en la Bolsa? ¿No lo estás viendo, imbécil?

— Pues si lo eres, vas a dejar de serlo.

Y sacando un revólver que tenía en un cajón del escritorio disparó sobre Caleb, estando éste ya muy cerca de la puerta.

La bala no dio en el blanco debido a la nerviosidad del malvado.

— Joven libertino — exclamó Fry saliendo al pasillo. — Te falta ya la serenidad y el pulso... Ahí te dejo con tu ruina y tus remordimientos.

Héctor se desplomó sobre el sillón y lanzó un ronco gemido.

— ¡Es él... es Caleb! ¡Pero es que el infierno me lo envía como constante acusador!

Y Héctor se retorció presa de un verdadero ataque de furia.

Primero se golpeó la cabeza con los puños, pronunciando a la vez frases sin sentido... frases de loco. Después lanzó una carcajada, y poniendo el cañón del revólver debajo de la barba apretó el gatillo.

La detonación pudo ser oída aún por Caleb al llegar a la puerta de la calle.

— ¡Héctor se ha suicidado! — murmuró estremeciéndose. — El mismo se ha dado el castigo que merecía.

La muerte de Kindovo dió por terminada definitivamente la vida de Caleb Fry. Sólo quedaba en el mundo el viejo Tatterly, abatido y muy enfermo.

* * *

Pasaron muchos días sin que el anciano diera señales de vida.

Había sufrido tanto en poco tiempo, que quiso alejarse del mundo reclusándose en una modestísima casa de las afueras de la población.

El infeliz vivía sin más cariño que el recuerdo de las dos únicas personas que le amaron sin interés alguno. Ida y Daniel.

Y aunque su primera idea fué la de morir obscurido, pudo más el deseo de abrazar a los que tanto quería; y se decidió a presentarse en el estudio del pintor.

La portera, aquella buena mujer que tan bien se portó con el artista, lanzó una exclamación de alegría al ver a Tatterly.

— ¿Pero qué ha sido de su vida? — le preguntó con interés.

— Una enfermedad... más bien achaques de la vejez.

— Sí, ya se le conoce en la cara. ¿Cómo ha variado!

— Mucho, ya lo sé.

— No es que antes fuera usted un jovencito, pero vamos... nada, que está usted desconocido.

— Sí, sí... ya lo sé. En fin, yo venía a ver a Daniel.

— ¿Y viene usted aquí?

— Naturalmente.

— ¿Pero no sabe usted lo que pasa?

— ¡Alguna nueva desgracia! ¡Quizá la señorita Ida!...

— La señorita Ida está perfectamente de salud, gracias a Dios.

— ¿Entonces Daniel?...

— Daniel está mejor que nunca. ¿Pero no sabe usted lo que pasa?

— ¡Caramba, no señora! ¿Cómo no me lo dice usted?

— Pues ya no viven aquí.

— ¡Ah!...

— El domingo pasado estuve a verlos.

— ¿Dónde?

— ¿De modo que no sabe usted ni una palabra?

— ¡Y dale! No señora.

— No se impacienta que lo va a saber todo enseguida.

— No es otro mi deseo.

— Un desconocido les envió una verdadera fortuna.

Muy bien. ¿Y qué más?

— ¡Le parece a usted poco?

— Adelante, adelante. ¿Por qué no están aquí?

— ¿Pero no sabía usted que se querían con locura?

— Eso sí que lo sabía.

— ¿Pues que ha de hacer un hombre cuando se encuentra con una fortuna y con una mujer a quien adora? Pues lo que hizo don Daniel y nada más que lo que hizo.

— ¿Y qué hizo?

— ¿Tampoco lo sabe? Pues si que está usted atrasado de noticias.

— ¡Por Dios, señora Juana!

— Sí, sí, voy al grano. Se han casado. ¿Verdad que era la cosa más natural?

Los ojos del anciano se arrasaron de lágrimas.

— ¿Y llora usted por eso, buen hombre?

— Claro, de alegría.

— Es verdad. A mí me ocurrió lo mismo cuando los vi salir de aquí hacia la casa del cura.

— ¡Dios haga que sean felices!

— ¿Pues no lo han de ser? Si la viera usted a ella, ¡oh! está guapísima... ¡Vaya, mucho más que antes! Como que ahora puede vestir bien, parece una reina.

— Me alegro, me alegro.

— Pero sin pizca de orgullo, como antes cuando no tenían un cuarto; y él, don Daniel, lo mismo también; tan francote como siempre.

— ¿De modo que usted los ha visto después?

— Ya se lo he dicho; y me recibieron como a una princesa rusa... y me obsequiaron, y quieren que me vaya a vivir con ellos. ¿Qué le parece a usted?

— Que la envidio, señora Juana.

— ¿A mí? Pues usted puede hacer lo mismo, y crea que le recibirían con los brazos abiertos.

— ¿Se acuerdan de este pobre viejo?

— ¿Que si se acuerdan? ¡Vaya una pregunta! Siempre, a todas horas!

— ¡Dios se los pague!

— Como que don Daniel se volvió loco buscándolo a usted por todo Londres.

— ¿De veras?

— Sí, señor. Y la señora lo mismo. A cada momento sale a relucir su desaparición. Con que no pierda más el tiempo y vaya a verlos, que les dará una gran alegría.

— ¡Gracias, señora Juana! No sabe usted lo que le agradezco estas noticias.

— Vaya usted en seguida. Están en las afueras de Londres; y aquí tiene usted una tarjeta de don Daniel con la dirección.

Los nuevos esposos vivían en un magnífico chalet que habían adquirido después de cansarse en indagar inútilmente la procedencia de la fortuna que un desconocido les enviara.

Supieron la espantosa ruina de su primo, relacionada con una interesante jugada de Bolsa.

Sabían también el suicidio de Héctor; y únicamente ignoraban el paradero del fiel criado Tatterly.

¿Qué misterio habría en todos aquellos acontecimientos que Daniel relaciona a cada vez que pensaba en ellos? ¿Por qué Tatterly le hablaría del modo que lo hizo la noche antes de su desaparición del estudio?

El viejo criado le aseguró que había encontrado el medio de que cesaran sus privaciones.

¿Tendría relación su misteriosa fortuna con la jugada de Bolsa y con la ruina de su primo?

De este modo pensaba Daniel; pero es lo cierto que no hallaba la solución. La incógnita quedaba sin resolver.

Claro, llegó un momento en que lo mandó todo a rodar y se dedicó de firme al cariño de su esposa.

hasta que el tiempo se encargara de aclarar el asunto.

El resultado es que vivían felices y que podían vivir de renta, aunque el pintor no trabajara.

Ya era esto más, mucho más de lo que ellos podían soñar.

Los diálogos de la enamorada pareja siempre iban a parar a lo mismo: al viejo Tatterly.

— ¿Ves tú? — le decía una mañana Ida a su esposo mientras paseaban por el jardín. — Yo sería ahora completamente feliz.

— ¿Y no lo eres?

— Me falta algo; y ese algo es nuestro buen amigo Tatterly.

— Tienes razón, Ida. A mí me ocurre lo mismo. Siempre lo tengo presente.

— Yo hasta sueño con él. Anoche se me apareció ofreciéndome una fortuna y volando después con unas grandes alas de ángel. ¿Ves tú qué tontería?

— No lo creo yo así. Mi constante obsesión es que la fortuna que nos ha llovido del cielo se la debemos a él.

— Sí, Daniel... Yo también he pensado lo mismo muchas veces.

— Pero el misterio no se aclara, ni nuestro buen amigo parece.

En esto oyeron un grito y vieron al jardinero que corría hacia la avenida del chalet.

Allí, cerca de la verja de hierro, vieron a un anciano luchando para levantarse del suelo.



¡Tatterly! — gritó Daniel apresurándose a llegar a su lado

— ¡Tatterly! — gritó Daniel apresurándose a llegar a su lado.

Momentos después llegó Ida, y entre los dos pudieron levantar al pobre viejo, el cual se encontraba casi extenuado de fatiga.

No había podido resistir la tentación de presenciar la dicha de aquellos seres a quienes tanto amaba, y acudía a ellos aunque ya demasiado tarde.

El infeliz entró en el jardín, sostenido por Daniel y su esposa.

Llevado por una tardía ilusión, por un último anhelo de calor familiar, el antiguo misántropo había hecho todo el camino a pie.

— Pero Tatterly!... ¿Cómo se presenta usted en este deplorable estado? — le preguntó Daniel colmándole de caricias.

— Perdonadme, hijos míos... mi cabeza ya no funciona como antes... sólo un poder superior me ha traído hasta aquí.

Y aquí vivirá feliz con nosotros. ¿Pero por qué su alejamiento?

El anciano suspiró débilmente y estrechó con afán las manos de sus sobrinos.

Daniel comprendió que la vida del infeliz se acababa por momentos.

— A casa, mi buen Tatterly... vamos a casa — dijo queriendo aprovechar los últimos momentos de aquel hombre singular.

— Es inútil, Daniel... no puedo más... dejadme, dejadme aquí...

— Pero esto no puede ser.

— Hijos míos... me muero; y aunque tarde, he logrado saber que ni la riqueza ni el poder dan nunca la verdadera felicidad. Esta sólo se alcanza viviendo y muriendo entre brazos amantes como los vuestros. ¡Dios os bendiga como os bendigo yo!

FIN

004385 (19)

DO - RE - MI

PUBLICACIÓN MUSICAL

Cada semana una obra de los mejores autores : Lujosa presentación
33 céntimos ejemplar : Precio de suscripción 14 pesetas trimestre
ADMINISTRACIÓN: VALLE PARÍS, NUM. 204 : BARCELONA

TEMAS PUBLICADOS

- | | |
|---|-------------------------------------|
| 1. PERDÓN RANCHERO. (Perico) | 10. BOMBONES Y CARAMELOS. (Marcha) |
| 2. ESCUVA FIEL. (Java) | 11. OYE, MARIANO : ¿TE GUSTA EL |
| 3. VÍCARA MODISTILLA. (Pasodoble) | CHOTIS? (Schotis dislocado) |
| 4. PERDONAME. (Tango) | 12. CORTA, CORTA. (Pasodoble) |
| 5. ¡POR UNA MADRE! (Pasodoble) | 13. COLOMBINA QUE NO VUELVE. |
| 6. S. M. LA REVISTA. (Fandango) | 14. EL MENSAJERO. (Quadrille) |
| 7. FUMANDO ESPERO. (Tango) | 15. EL COCO. (Bambola) |
| 8. EL HICO DE LA PACA. (Pasodoble-
Marcha) | 16. SONREIR. (Fox-trot) |
| 9. MI ÚLTIMO RECUERDO. (Tango de
las campanas) | 17. El val de "PLUS ULTRA". (M. V.) |
| | 18. EL PAÑUNTO CHILEÑO. (Luzes) |



Facsimil de las portadas de esta colección
cuyo tamaño es de 32 x 24 cm.